

Wiley era de mucha más alzada que el de Núñez, y por lo mismo, el doctor combatía con ventaja, dominando a su antagonista. Núñez conocía perfectamente su crítica posición, y trataba por medio de movimientos rápidos, suplir aquella desventaja. Pero el doctor, que comprendía la intención de su temible rival, tenía buen cuidado de darle siempre el frente. Aquellas vueltas continuas acabaron de cansar al corcel de Núñez, bastante fatigado ya por el trabajo de aquel día, y Wiley, aprovechando un instante en que el caballo de su competidor no podía moverse, levantó la espada con ambas manos, y la dejó caer con fuerza formidable sobre su adversario, que, aturdido y bamboleando un instante sobre la silla, cayó de repente al suelo con espantoso ruido.

Wiley dejó escapar una exclamación de júbilo por el triunfo que acababa de obtener, saltó de su caballo con la velocidad del tigre, sacó un largo puñal, y se dirigió a Núñez para acabarlo de matar. Pero todo esto había sido instantáneo. Núñez, vuelto de su aturdimiento, se había levantado, pero sin espada, cuando Wiley se disponía a hundirle el puñal. Viéndose perdido, sin armas para defenderse, le agarró el brazo en que brillaba el acero que debía matarle, y logró hacerlo soltar de su mano. Entonces el doctor le asió con sus formidables brazos, y comenzó una lucha de verdaderos gladiadores. Los dos contrarios, asidos fuertemente, y oprimiéndose pecho contra pecho, permanecieron algunos momentos sin encontrar ventaja el uno sobre el otro, casi sin respiración, inyectados los ojos, apretando los dientes y echando espuma por la boca.

Wiley era, sin duda, más corpulento que Núñez; pero éste era más nervudo, de musculatura más enérgica. Al primero, le prestaba bríos el deseo de venganza; al segundo, la vista del yerto cuerpo de su amada. Pero Wiley no había recibido herida alguna; sus fuerzas se encontraban lo mismo que al principio del combate, en tanto que las de Núñez se iban debilitando a medida que salía la sangre de su cabeza. Conociendo el doctor todas estas ventajas, y avergonzado de que se prolongase una lucha desigual, hizo un esfuerzo supremo, levantó en alto a su contrario; pero al verse éste perdido, metió una de sus piernas entre las de Wiley, y ambos rodaron, abrazados, al suelo. Al caer, la mano del doctor tropezó con un puñal que estaba en el suelo. Aquel hallazgo le hizo sonreír satánicamente, pues encontraba el arma con que verter la san-

gre de su rival. Halagado por esta infernal idea, asió el hierro matador, y lo blandió en el aire para descargarlo sobre el corazón de Núñez. Este se acordó en aquel instante de que llevaba a la cintura un cuchillo de monte, y logró sacarlo para defenderse. Dos formidables golpes se escucharon después. La hoja del puñal del doctor había quedado enterrada en el pecho de su contrario. El cuchillo de monte, blandido por éste, quedó clavado a la vez en el cuello de su competidor.

Un horrendo quejido dejó escapar cada uno de los combatientes. En seguida todo quedó en sepulcral silencio. Dos regueros de sangre teñían el sitio en que había sido la lucha. La luz de un relámpago, rasgando las húmedas sombras, envió en aquel momento su roja lumbre sobre tres cuerpos que yacían tendidos sobre la ensangrentada tierra. Eran la hermosa Adela, el noble Núñez y el infame doctor. Los primeros se hallaban yertos; el último, aunque gravemente herido, tenía fijos sus iracundos ojos en sus víctimas, y en sus labios vagaba una sonrisa de infernal placer.

CAPITULO XXXIII

El hombre agradecido

Era la mañana siguiente a los acontecimientos que acabamos de referir en el capítulo anterior, cuando cuatro hombres, montados en buenos y briosos caballos, salían de la capital de México, y se dirigían hacia el sitio en que había tenido lugar la batalla del día anterior. Iban armados, pero no con traje militar. La mañana estaba nublada y triste. Todos marchaban en el mayor silencio. En sus semblantes estaban pintados el dolor y la melancolía. Al concluir la hermosa calzada que atravesaban, su tristeza pareció aumentarse a la vista de los cadáveres insepultos que yacían tendidos sobre el campo, empezando a servir de pasto a las aves de rapiña. Todos parecían traer a la memoria los tristes resultados de la batalla que había cubierto de luto y de consternación a la patria.

Aquellos cuatro jinetes que marchaban dominados por una profunda tristeza, eran don Manuel, antiguo principal de Núñez; Ricardo, que había sido salvado por el mismo Núñez del subterráneo de la caverna de Cacahuamilpa, Félix, y el indio Pablo. Los dos primeros, estaban cuidadosos por la suerte que habían corrido en la acción Leo-

poldo y Núñez, y el tercero se hallaba dominado del temor de que hubiese vuelto a caer en poder de Willey la hermosa Adela; y el cuarto marchaba preocupado con la funesta idea de que don Juan y Rafael habían perecido en Cerro Gordo. Por un impulso natural, cada vez que encontraban un cadáver, los cuatro dirigían la vista a un tiempo hacia el sitio en que se hallaba, para ver si era el de la persona que preocupaba su imaginación. Así anduvieron un gran trecho, sin pronunciar palabra, registrando con los ojos todos los destrozos causados por las balas enemigas.

—Dios quiera —dijo don Manuel— que no encontremos entre estos cadáveres que cubren la campiña, los cuerpos de nuestros caros amigos, Leopoldo y Núñez, porque el no hallarlos nos indicará siquiera que no han perecido en el sangriento combate, y que sólo han sido hechos prisioneros.

—Mucho me alegraré yo de que así sea.—contestó Ricardo—. Prisionero Leopoldo, logrará al fin su libertad, y Clotilde, que desde anoche se halla inconsolable, porque le juzga muerto, volvería a recobrar la alegría, y podría ser feliz a su lado.

—¡Pobre Clotilde!

—Pero si Núñez fué hecho prisionero —advirtió Félix—, Adela, la joven que había logrado arrancar del poder de Willey, habrá vuelto a caer en manos de este infame, que se ha propuesto perderla.

—Sin embargo, aunque así fuera, podríamos salvarla; pero yo temo que Leopoldo haya muerto, y que Núñez haya también perecido antes de dejarse arrebatar a la mujer que amaba.

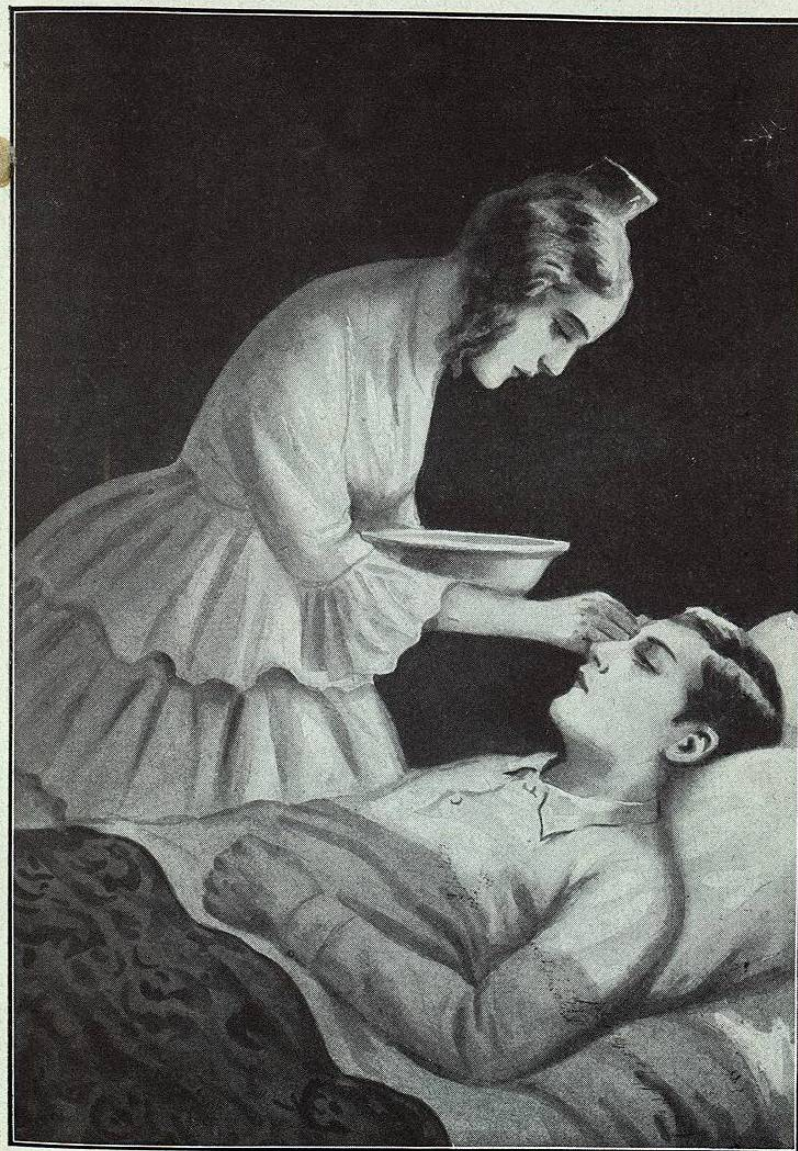
—Y toda la culpa —dijo Pablo— la tiene ese Willey.

—¡Oh! No se me pueden olvidar —exclamó Ricardo— las palabras que pronunció Núñez ayer, antes de separarnos: «¿Estará dispuesto, dijo, que ese hombre que nos arrebató a todos la dicha, llegue a acabar con la existencia de aquellos a quienes ha ofendido?» ¡Ah! ¡Yo temo que se haya realizado ese temor!

—Pues yo abrigo la esperanza de que han sido hechos prisioneros.

—Por lo que hace a don Leopoldo —dijo Pablo—, estoy seguro de que no cayó prisionero; pues como les dije a sus mercedes que nadie me dió razón en San Angel, cuando pregunté por los prisioneros hechos en la «acción», aunque di las señas de él.

—Ya lo oye usted, don Manuel —exclamó Ricardo—. ¡Sí!



... se encontró al lado de Adela...

¡Ambos han muerto, sin duda, cuando el primero no fué anoche a consolar a su anciana madre, a quien ama con todas sus potencias, y no se presentó el segundo en casa de Amalia, a llevarle a la hija de su corazón, salvada de las garras de un infame!

—Y lo que aumenta mi sentimiento es —dijo Félix—, que mientras luchaba, se creería abandonado de nosotros, que no volvimos en su auxilio.

—Sí; porque él no podía saber que a los pocos instantes de separarnos, fuimos acometidos por otra partida de invasores que recorría el campo y que se unió a los que nos perseguían; partida que permaneció muchas horas en observación de si alguien salía de la ciudad.

—¡Oh!, pero si han muerto Núñez y Leopoldo, combatiendo, verán desde la región de los justos, que una causa superior a nuestra voluntad nos impidió salir en su busca.

—Busquémosles, pues, busquémosles entre los que han sucumbido en defensa de la patria, y si han perecido, señalándonos con su sangre el camino que conduce a la gloria, démosles siquiera una honrosa sepultura, para que no sean pasto de las inmundas aves de rapiña.

Y los cuatro jinetes continuaron marchando en silencio, y dirigiendo la vista a los cadáveres que encontraban, para ver si pertenecía a alguna de las caras personas que buscaban. De repente, se detuvo Ricardo, y pálido y sobresaltado, se quedó con la vista fija en un punto. Todos hicieron alto al verle detenerse; al notar la mutación de su semblante, se quedaron mirando hacia el sitio en que tenía fijos los espantados ojos.

—¿Ha descubierto usted algo?—le preguntó don Manuel, no acertando a dar con el objeto que había llamado la atención de Ricardo.

—Sí—contestó éste cada vez más pálido.

—¿Qué?

—En aquella zanja...

—Siga usted.

—¿No ven ustedes un caballo y un cadáver?

—¡En efecto! ¿Y qué?

—Que si no me engaño, es el caballo que montaba ayer Leopoldo.

—Sin duda alguna —agregó Pablo—; es el «cuaco» retinto que llevaba.

—¡Ah! ¡corramos!

Y los cuatro se dirigieron a la zanja, desmontaron de sus

caballos, y dejando éstos al cuidado de Pablo, penetraron en ella. Ricardo quedó convencido de que el cadáver era el de Leopoldo. Alarmado con este descubrimiento, se acercó al cadáver que estaba junto al muerto corcel. Al acercarse, varias aves de rapaña elevaron su vuelo.

Ricardo, Félix y don Manuel, trataron de reconocerle; pero al cadáver le habían despojado de su ropa, y era imposible descubrir de otra manera quién era, porque su rostro y su cabeza la habían devorado ya los carnívoros animales. Sin embargo, la blancura de su cuerpo, las formas y la estatura, persuadieron a Ricardo de que era el cadáver de Leopoldo.

Afligido, y deseando dar al amigo de Núñez, segura, aunque humilde sepultura, buscó algo con qué cavar un sepulcro; pero no encontrando objeto alguno para hacerla, miró hacia todas partes para ver si descubriría alguna choza donde pudiesen sus habitantes proporcionarle algún instrumento para hacerla, y pronto sus ojos tropezaron con una modesta casa que se alzaba como a quinientas varas, escondida entre unos altos y frondosos árboles. Contento a la vista de aquella humilde morada, comunicó a sus amigos el deseo de solicitar de sus habitantes los medios de sepultar el cadáver, y todos, excepto Pablo, que se quedó custodiando el destrozado cuerpo, para evitar que las aves acabasen de desgarrarlo, montaron a caballo, y se dirigieron a la pintoresca habitación. Al llegar y tocar la puerta, un hombre de aspecto franco, de buena presencia, y vestido con el traje de «ranchero» mexicano, salió a recibirlos. Ricardo le dijo entonces el objeto que llevaban, y el campesino, conmovido, les suplicó que pasasen. Los tres jinetes desmontaron; y al penetrar en una pieza espaciosa que les indicó el dueño de la casa, los tres dejaron escapar una exclamación de asombro. Don Manuel, conmovido profundamente, exclamó:

—¿Es verdad? ¿No es ilusión?

A estas palabras dirigió la vista hacia los que habían entrado, una persona que se hallaba tendida en un lecho, y contestó sin detenerse:

—Que tras de larga aflicción
Dios nos llega aquí a reunir,
premiando nuestro sufrir,
es verdad, no es ilusión.

—¡Núñez!—exclamó Ricardo corriendo hacia el que acababa de hablar.

Y mientras Núñez y Ricardo se abrazaban llenos del más profundo cariño, don Manuel estrechaba la mano de otro joven que yacía en otro lecho, colocado en un rincón de la misma pieza, y Félix, irradiando de alegría, su semblante, cruzaba las palabras más tiernas con una hermosa que había permanecido sentada junto a la cabecera de Núñez. Esta hermosa era Adela. El joven a quien se se acercó don Manuel, era Leopoldo.

Junto al lecho de éste, se encontraba otro hombre, en quien nadie había fijado la atención. Este hombre era Rafael que acababa de curar a los dos heridos. El asombro de Ricardo y de los que con él habían llegado, creció al encontrar allí reunidas a las personas, que pocos momentos antes las habían creído muertas o prisioneras.

—Sí, debíamos haber perecido—contestó Núñez a las palabras de admiración pronunciadas por sus amigos—; pero la Providencia envió para que nos salvase, a un hombre benéfico y humano; el dueño de esta posesión, que nos condujo a ella para prestarnos todos los socorros necesarios.

Y Núñez refirió que, al volver del desmayo en que había quedado al recibir en su pecho la puñalada descargada por Willey, se encontró al lado de Adela, que se ocupaba en restañarle con su pañuelo la sangre de sus heridas: que la joven no había recibido el balazo disparado por el doctor, y que su caída del caballo provino de haber perdido el sentido al escuchar la detonación de la pistola; que a poco de hallarse cuidado por ella en el campo, se presentó el dueño de aquella posesión, que había salido de casa con objeto de socorrer a los heridos; y que, ayudado de algunos criados, le condujo al sitio en que se hallaba libre ya de otro peligro, puesto que las heridas, según había declarado Rafael, no eran de peligro.

Leopoldo contó que había sido auxiliado por el mismo que había socorrido a Núñez, pero antes que éste, y que habiéndole manifestado que Willey le había herido, y el temor de que volviese para ver si estaba muerto, y que si no le encontraba, le buscaría por todas partes, el campesino tomó el cadáver de otro de los que habían perecido en el combate, y cuyo rostro y cabeza estaban completamente destrozados, le despojó de la ropa, con objeto de que si Willey volvía le tomase por él, y colocándole al lado del caballo, que estaba muerto en la zanja, se vió él conducido al lecho en que se encontraba.

¿Y Rafael? Preguntará el lector, ¿no había sufrido una

emboscada que le puso Willey en la retirada de Cerro Gordo? Sí; pero cuando Willey, con sus soldados, salió del bosque en que se había ocultado para caer sobre Rafael y don Juan, el guerrillero español Jarauta, y otro jefe de guerrilla, mexicano, de no menos valor que el primero, se presentaron con su gente en el mismo sitio, y descargando sus armas sobre los invasores, los pusieron en precipitada fuga, matando a algunos de ellos, y salvando así de una muerte segura a los dos amigos. Rafael cayó a las pocas horas enfermo de fiebre, a causa de la herida recibida en el brazo, y don Juan se vió precisado a seguir a la guerrilla para no abandonar a su amigo. Llevado el herido a un pueblo retirado para que allí se curara, le fué imposible escribir a México, dando razón de su persona. Cuando el invasor se acercó al valle de México, se encontraba ya aliviado, y trató de entrar en la capital con don Juan, para prestar sus servicios a la patria; pero el día precisamente en que llegaban, tuvo lugar la acción de Churubusco, y hallándose el enemigo delante de ellos, se vieron precisados a hacer alto en aquella casa, donde los había reunido la Providencia.

—¿Y don Juan?—preguntó Félix.

—Ha marchado a México para poner en conocimiento de Clotilde y de Amalia, todo lo que ha pasado, y traer dos coches en que sean conducidos Núñez y Leopoldo.

—¡Qué felicidad!

En aquel momento entró en la pieza el dueño de la casa, y dirigiéndose a Ricardo, le dijo:

—Afuera espera ya un criado mío con los instrumentos que pidieron ustedes.

Don Manuel iba a contestar que ya no eran necesarios; pero Núñez se anticipó a decir:

—Aquí tienen ustedes al hombre generoso, a quien somos deudores de la vida.

—Como yo le soy a usted deudor de mi felicidad—contestó el honrado campesino.

—¿A mí?

—Sí; aunque no se lo he dicho a usted hasta ahora.

—No comprendo.

—¿No recuerda usted haberme visto ya otras dos veces?

—No traigo a la memoria sus facciones. ¿Dónde?

—¿Se acuerda usted del pobre a quien dió usted un peso un Jueves Santo, para que diese de comer a su hambrienta familia?

—Aquel pobre...

—Era yo: el mismo que más tarde, en la Villa de Guadalupe, tuvo el gusto de advertirle que no penetrase en la casa en que se conspiraba contra el gobierno.

—Pero usted se presentó como criado de Willey.

—Sí; pero en realidad no lo era. Con el peso que usted me dió, compré pan para mi mujer y mis hijos, y tocado en mi corazón por un presentimiento, compré con los cuatro reales que me quedaban, un medio billete de la lotería de la Virgen. ¡Ah!, pocos días después, mi número salió premiado con tres mil pesos, y con los mil quinientos que me pertenecían, empecé a trabajar, y merced a mi trabajo y honradez, he conseguido comprar esta casa y los terrenos que la rodean, y que están perfectamente cultivados.

—¡Oh! ¡cuánto lo celebro!

—Un día pasó el doctor por aquí, con otro llamado Duval, y mientras descansaban, les oí hablar de sorprender a unos conspiradores; entre los nombres que pronunciaron, escuché el de Leopoldo, a quien, sin conocer, apreciaba yo, por los hermosos cuadros que había visto de él, y queriendo salvarle, me mezclé en la conversación fingiéndome adicto a la causa del gobierno, y ofreciéndome a servirles en aquel negocio. Willey aceptó mi oferta, y cuando en la Villa me señaló a usted para que le siguiera, yo me propuse salvarle.

—¡Ah! ¡Gracias, gracias!

Al terminar estas palabras se oyó el ruido de dos carruajes que se detenían a la puerta. Pocos instantes después, entraba don Juan anunciando que podía ya partir. Núñez y Leopoldo fueron colocados en un coche, en el cual entró también Rafael, para asistirles en caso necesario. Adela subió al otro carruaje, con el anciano don Manuel. Ricardo, Félix y don Juan, montaron a caballo, y despidiéndose todos del dueño de la casa, con las mayores señales de la más profunda gratitud, se dirigieron hacia México. La alegría más intensa bañaba el corazón de todos. Leopoldo soñaba en la ventura que le esperaba al lado de la hermosa Clotilde que le esperaba con impaciencia. Núñez y Rafael, en los tiernos objetos de su amor; y Adela, en el placer de abrazar a la bondadosa Amalia y a su tierna hermana Luz.

Al llegar al sitio en que se había quedado Pablo, le hicieron saber lo que pasaba, y todos juntos continuaron el camino, conmovidos ante la vista de los cadáveres que desde allí empezaban a encontrarse. De repente, don Juan

detuvo su caballo, fijando la vista en un objeto. Luego se dirigió a él a todo galope de su corcel; volvió a detenerse; examinó otro instante el objeto que había llamado su atención, y en seguida hizo señal a sus compañeros para que acudiesen a donde estaba. Ricardo, Félix y Pablo, se acercaron y dejaron escapar una exclamación. ¿Qué habían visto? Era el cadáver de Willey que aún tenía clavado en el cuello el cuchillo de monte con que se había defendido Núñez. Las aves carnívoras habían destrozado ya su vientre. En la horrible actitud en que estaba el cadáver, se conocía que había tenido una agonía espantosa. En aquellos momentos uno de los cocheros dirigía su carruaje a un lado del camino para no pasar por encima de un cuerpo de mujer, también despedazado por los animales. La hermosa joven, olvidando lo que la había hecho padecer, y llevada de sus sentimientos cristianos, oró interiormente a Dios por aquella desgraciada. Dos horas después, los dos coches, seguidos de Ricardo, Félix, Pablo y don Juan, entraban por las puertas de la ciudad de México, donde les esperaban las personas más caras de su corazón.

CAPITULO XXXIV

El heroísmo de la virtud

Había pasado ya la sangrienta batalla dada el día 8 de septiembre de 1847 en «Molino del Rey», casi a las puertas de la capital. Batalla desgraciada, pero gloriosa, en que cuerpos aislados de tropas mexicanas combatieron contra todo el ejército invasor, haciendo retroceder varias veces sus columnas, y persiguiéndolas hasta sus mismas posiciones. Allí la tropa de línea y la guardia nacional manifestaron al mundo que los mexicanos sabían morir como héroes, cuando se trataba de defender los caros objetos de patria y libertad.

Allí el tercer regimiento ligero, a las órdenes del valiente coronel don Manuel Echegaray, al acercarse los invasores en número de más de mil hombres a los molinos, se arroja sobre ellos, y a pesar de que los mexicanos que acometen no son más de quinientos, es tal el ímpetu con que se lanzan sobre la fuerza enemiga, que ésta queda turbada por un momento, y poco después huye precipitadamente. El tercer ligero persigue a los invasores, les quita tres piezas de artillería, de que poco antes se habían apoderado,

y los acosa hasta llegar hasta la misma línea norte-americana. Allí también el valiente y honrado patricio, coronel del batallón Mina, don Lucas Balderas que, herido de un pie, no quiso retirarse de la acción, cayó atravesado de honorosas heridas, y expirando arengó a sus soldados. El general León pereció también, llenando de asombro con su temerario arrojo, y mil y mil intrépidos oficiales y soldados que dejaron trazado con su sangre el sendero que deben seguir los que no quieren llevar en la frente la mancha vil del esclavo.

Por todos estos notables hechos habían sido aislados, combatiendo cortas secciones mexicanas contra numerosas columnas invasoras, y el resultado al fin, vino, en consecuencia, a ser desgraciado para México, y los norte-americanos hollaron con su planta la capital de México, en la mañana del 14 de septiembre de 1847. Instalado el gobierno mexicano en Querétaro, los invasores empezaron a dar los pasos necesarios para celebrar la paz entre ambos países.

Durante este tiempo, Núñez y Leopoldo habían sanado completamente de sus heridas, y viendo que las negociaciones de paz se encontraban muy adelantadas, esperaron el término de ellas para dejar su actitud belicosa o empuñar de nuevo las armas en defensa de la patria. En uno de esos días en que el gobierno norte-americano y el de México se ocupaban del asunto importante de la paz, un hombre se hallaba en la humilde habitación de la hermosa Elisa. Era don Emilio.

—Ya ve usted, hermosa Elisa —le decía— que he cumplido gustoso con el deseo indicado por usted. Clotilde será la más feliz de las mujeres al lado del hombre que, con su constancia, respeto y abnegación, se ha hecho digno de su mano.

—Sí, don Emilio: era el único anhelo de mi maternal cariño: ya que la hice desgraciada privándola de las caricias de una madre que no le puede dar el dulce nombre de hija, al menos no llevaré a la otra vida el remordimiento de no haber hecho el sacrificio de presentarme a usted para salvar de la muerte a la que la hubiera conducido su pasión contrariada.

—Pero, ¿está usted resuelta a acallar a ella, tan virtuosa y prudente, ese secreto?

—Por siempre.

—¿Teme usted que su cariño fuese menos intenso, si usted se descubriese a ella diciéndole: soy tu madre?